

DISCURSO DE CONTESTACION

por el académico numerario

DR. D. FRANCISCO GARCÍA DEL CID ARIAS

SEÑORES ACADÉMICOS:

Las ciencias jóvenes, y en este caso se halla la Ecología animal, de la que el Dr. Margalef es proel indiscutible, en nuestra Patria, irrumpen, ansiosas de léxico con que expresarse, en la ubérrima cantera de nuestro idioma y le arrebatan vocablos usados comúnmente con otras acepciones. Así sucede con las voces "información" y "mensaje", que tan donosamente maneja nuestro nuevo compañero para designar intrincados conceptos y que tienen, como es bien sabido, significado muy distinto en boca del pueblo. Valiéndome de la primera de estas palabras intentaré daros un boceto del prestigioso investigador que hoy entra en esta casa; utilizaré la segunda con propósito de bienvenida.

Aquel a quien debo dársela, nació en Barcelona el 16 de mayo de 1919. Sus primeras letras se iniciaron en el seno familiar y al cumplir los siete años ingresó en cierto colegio del que no quiere acordarse; pasó luego a otro de grata memoria, regentado por un sacerdote y simultáneamente recibió lecciones de un profesor particular encargado de iniciarle en el estudio de los idiomas francés y alemán, así como en el de las matemáticas elementales. Cabe suponer que las lecciones de este último debieron ser muy eficaces a juzgar por la soltura con que se desenvuelve el Dr. Margalef, tanto en el difícil dominio de los idiomas como en el todavía menos asequible, de las matemáticas superiores.

En 1933 ingresó en la Escuela de Altos estudios Mercantiles, donde terminó el Peritaje, y en 1936 hubo de interrumpir sus estudios cuando tenía ya aprobado casi todo el Profesorado Mercantil. Mas como estas tareas le dejaran mucho tiempo libre, en 1935 inició sus observaciones hidrobiológicas en los depósitos de una empresa de floricultura situada en la Plaza de Calvo Sotelo. Colaboraba a la sazón con él un entusiasta y excelente camarada fusilado poco después en las filas rojas. Durante la guerra dispuso

de tiempo suficiente para organizar sus observaciones, preferentemente hidrobiológicas, que ya iba registrando metódicamente y acompañaba de dibujos, gráficas, etc.

En 1938 fué llamado su reemplazo y permaneció en filas hasta casi la terminación de la guerra, siempre en la zona del Ebro. No abandonó, pese a todo, su pasión por el estudio de los seres vivos, que sirvió de consuelo a su atormentado espíritu en aquellas épocas de amargo recuerdo. Desde 1939 hasta 1943 sirvió en el ejército Nacional, si bien con intermitencias, y en una bastante prolongada, entró en relación con el Instituto Botánico. Del Dr. de Bolós, que lo dirige, y de nuestro compañero de Corporación, Doctor Font Quer, recibió considerable estímulo para su afición. Dispuso de un buen microscopio y de bibliografía suficiente para iniciarse en el estudio de las algas.

A principios del año 1940 emprendió un estudio metódico de recolección, en la zona del Prat de Llobregat, utilizándolo para su primer trabajo importante aparecido, cuatro años después, en las publicaciones del Instituto Botánico.

Posteriormente pasó a trabajar en una empresa de seguros y por aquellas fechas conoció a D. Carlos Faust, que le ayudó eficazmente, poniendo a su disposición la biblioteca de su propiedad y relacionándole con algunos especialistas extranjeros. Estos estímulos, las colaboraciones generosas que obtuvo de los pescadores de Blanes y su amistad con nuestro malogrado colega Dr. Massutí Alzamora, del Instituto Oceanográfico, fueron causa de que se orientase hacia el estudio del fitoplancton marino cuyas muestras fué estudiando durante los años 1943-44. El Sr. Faust influyó cerca de Don Antonio M.^a Simarro para que los estudios de Margalef fuesen editados por el Instituto de Estudios Mediterráneos y así se hizo, corriendo el año 1945.

Mientras tanto, había publicado algunas notas breves en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural, en la revista "Euclides" y en "Graellsia", actividades que le fueron facilitadas por el Sr. Español.

Por entonces el P. Juliá, S. J., se interesó cerca del Profesor Albareda para que se subvencionasen los trabajos de Margalef mediante una ayuda oficial que le permitiera seguir los estudios universitarios. Y en este punto de su carrera conocí al nuevo académico y nació mi devoción hacia él, puesto que fué el Instituto de Biología Aplicada, fundado y dirigido por el que os habla, el que le recibió con los brazos abiertos. Bajo este amparo empezó a trabajar, en 1945, y habiendo obtenido dispensa plena de escolaridad para el Bachillerato, superó, sin advertirlo siquiera, las pruebas correspondientes emprendiendo, en el curso 1945-46 los estudios de Licenciatura en Ciencias Naturales y logrando, junto con las calificaciones más elevadas, la general estima de cuantos le tuvieron como alumno. El 12 de diciembre de 1951 alcanzaba, con nota de sobre-

saliente y en la Universidad de Madrid, el grado de Doctor en Ciencias Naturales mediante una enjundiosa tesis intitulada "Temperatura y Morfología en los seres vivos".

Coincidiendo con el rutilante término de la carrera del Dr. Margalef, hubimos de crear el Instituto de Investigaciones pesqueras, frondosa rama desgajada del de Biología aplicada por su propio y glorioso peso, y al nuevo Instituto pasó nuestro compañero para prestar en él inapreciables servicios tanto más de agradecer, cuanto que su vocación no se ha desviado de la Limnología y tan sólo el cumplimiento del deber le liga al estudio de los problemas pesqueros.

Esta aparentemente pequeña, pero en realidad gran historia de una carrera, constituye, a mi modo de ver, preciado galardón para una de nuestras más fructíferas instituciones: el benemérito Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sin cuya ayuda no hubiese sido posible obtener tan lisonjeros resultados.

En una obra sin desperdicio, como suya, dice el Profesor Lora Tamayo (1):

"Hasta hace poco el objetivo de los que colaboraban en trabajos de investigación era la Cátedra universitaria: a ella se encaminaban preparación y esfuerzo. Hoy, en cambio, no ocurre así; las Cátedras son, ciertamente, una finalidad muy limitada; pero es que, aparte de ello, son muchos los que forman a nuestro lado sin esta aspiración docente, y sí, en cambio, atraídos por una vocación científica que se depura y disciplina en el molde formativo de la investigación.

"¿Qué hacer con estos hombres cuando, doctores ya, los juzgamos capaces de poder encauzar personales direcciones de trabajo?

"Es evidente que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas no puede absorberlos a todos con suficiente remuneración; pero no es menos cierto también que, prácticamente, fuera del campo que aquél acota no hay organización alguna que pueda recogerlos.

"Entre tanto, junto a la gravedad que supone la situación de quienes alcanzaron una formación científica elevada y han de apartarse de ella por imperativos económicos, existe un problema de interés patrio. ¿Se sabe lo que puede perder España en ese desaprovechamiento de valores personales? Tenemos la natural preocupación de aprovechar para el bienestar patrio las riquezas naturales del país; ¿cómo no nos importa perder las riquezas personales, de rendimientos insospechados? Y apurando este discurrir, ¿no resulta doloroso este esfuerzo de fomentar la investigación si después no hay medio de utilizar en amplia irradiación el plantel cada vez más crecido de investigadores, ya formados?"

(1) Lora Tamayo, Manuel. — Organización actual de la investigación científica. Patronato "Juan de la Cierva". C. S. I. C. — Madrid, 1946, pp. 8-9.

Afortunadamente el Consejo ha podido incorporar a su obra al Dr. Margalef y al hacerlo le ha situado en plena ortodoxia científica nacional; de no haber sido así, más o menos tarde, le hubiésemos perdido como tantos valores positivos se perdieron con anterioridad.

Ya tenemos a nuestro compañero encuadrado en las filas de la investigación oficial española; veamos en qué forma ha sabido corresponder a la esperanza que pusimos en él, apenas se incorporó a nuestro Instituto.

De su laboriosidad incansable os dará idea el número de sus publicaciones que sobrepasa las 150, sin contar numerosos artículos o libros de vulgarización. Desde que, en 1943, aparecieron 4 trabajos suyos, ha mantenido un ritmo creciente que alcanza ya en este año 15 publicaciones de mérito relevante. Sus investigaciones han aparecido en 40 revistas, siendo las que más le han publicado, como es natural, las nuestras; es decir: "Publicaciones del Instituto de Biología Aplicada" con 47 trabajos, e "Investigación Pesquera" con 16. En "Collectanea Botánica" ha publicado 13 y los restantes andan dispersos por revistas científicas nacionales y extranjeras.

Sin exageración alguna os aseguro que no se pueden mencionar los títulos de sus trabajos sin poner a prueba vuestra benévola atención; pero considero que no la agotaré subrayando los más importantes: Fitoplancton nerítico de la costa brava catalana; Limnosociología; Introducción al estudio del plancton marino (en colaboración con Massuti); Ciclo anual del fitoplancton marino en la costa N. E. de la Península Ibérica; Estudios experimentales sobre las modificaciones inducidas por diferentes temperaturas en células de clorofíceas; Los crustáceos de las aguas continentales ibéricas; Consideraciones sobre la determinación cuantitativa del fitoplancton por la valoración de pigmentos solubles y los factores que afectan a la relación entre cantidad de pigmento y peso seco; Un aparato para el cultivo de algas en condiciones regulables; Temperatura, dimensiones y evolución; Los organismos indicadores en la Limnología; Zoología (Enciclopedia Labor); Paleoecología postglacial de la ría de Vigo; Estructura y dinámica de la "purga de mar" en la ría de Vigo; Zoogeografía de España (Traducción de la Zoología de U. d'Ancona); Varios artículos para una Enciclopedia General del Mar (en prensa).

Tan agotadora labor no ha sido obstáculo para que el Dr. Margalef haya podido acudir, desempeñando siempre con brillantez y eficacia las misiones que le hemos encomendado, a las siguientes misiones científicas; en 1948 trabajó en Nápoles, Pallanza y Zurich; en 1950 visitó diversos puntos de Bélgica; en 1952, a requerimiento que nos hicieron las compañías bacaladeras españolas PYSBE, PEPSA y COPIBA, enrolamos al Dr. Margalef, sin previa consulta, para realizar un viaje que emprendió mediado noviembre, trasladándose al Canadá, visitando Saint Andrews y Saint John's y regresando a fines de diciembre portador de un luminoso informe sobre las necesidades científicas

en las pesquerías españolas de aquellas aguas, redactado durante su navegación en un bacaladero en las condiciones que son de suponer, teniendo en cuenta las características de aquellos mares y la época en que navegaba.

En 1953, marchó a Inglaterra para tomar parte en las Reuniones internacionales sobre Productividad de la pesca, celebradas en Londres; en el Congreso de Limnología, reunido en Cambridge y todavía tuvo oportunidad de visitar el laboratorio de Biología marina de Plymouth.

Mediado marzo de 1956 fué a los Estados Unidos de América, invitado por la Scripps Institution of Oceanography, de la Jolla, y por la U. S. Navy que sufragó los gastos de viaje. Allí presentó un trabajo intitulado: "Temporal succession and spatial heterogeneity in natural phytoplankton". Pasó después a la Universidad de California permaneciendo unos días invitado por la Allan Hancock Institution, de Los Angeles y luego por el Instituto de Biología marina de New Haven (Connecticut). Durante el segundo semestre del mismo año, subvencionado por nuestro Consejo y por la Junta de Relaciones Culturales, asistió al XIII Congreso Internacional de Limnología celebrado en Helsinki, tomando parte activa muy meritoria y aprovechando su viaje para visitar los buques oceanográficos "Aranda", finlandés, y "Südfall" del Laboratorio alemán de Kiel.

Constituye cuanto antecede más que holgada muestra, así de la laboriosidad como de la actividad incansable del Dr. Margalef, en su doble aspecto de investigador y de viajero siempre dispuesto a partir sin preguntar siquiera adónde ni para qué; mas es de justicia que os refiera en qué forma realiza estas misiones. Viene ocupando un minúsculo rincón de nuestra precaria instalación en la Universidad y allí, sin apenas espacio libre, ha desarrollado su ingente labor. Cuando se le ha ofrecido lo que quisiera del magnífico local construído en la Barceloneta para nuestro Instituto, calladamente, ha escogido lo más modesto y al salir de viaje no le preocupa lo más mínimo su comodidad y anda de ceca en meca, obsesionado por sus proyectos y prescindiendo de las dificultades con que pueda tropezar.

Los ya largos años que llevo consagrado al contacto profesional con la juventud estudiosa, me autorizan a valorar a los que me rodean en función de tres cualidades humanas básicas: bondad, inteligencia y laboriosidad. Bondad, sí, bondad sobre todo; de quien no la demuestre con sus obras —las palabras no cuentan— hay que recelar no esperando de él rendimiento permanente; después inteligencia, don excelso que unido a la bondad eleva al hombre hasta insospechadas cumbres, y laboriosidad, por último. Es excepcional hallar hombres realmente buenos; mucho más frecuentes son, en nuestro país, los hombres inteligentes y tan sólo, por desgracia, de un modo esporádico concurren en uno mismo las tres cualidades mencionadas. Si así sucede, nos encontramos ante un verdadero hallazgo y los años que llevo tratando al Dr. Margalef me

autorizan para asegurarnos que es al propio tiempo bondadoso nato, inteligentísimo y trabajador infatigable.

No faltará quien opine que son compatibles el investigador y el atrabiliario. Amargos desengaños cosechados en la misión que me ha sido encomendada, sin vocación, apetencia ni aptitud para el mando que pesa sobre mí, me hacen coincidir plenamente con la luminosa opinión del Profesor Albareda cuando dice (1):

“Que no aviente nuestra labor el anárquico individualismo. Que podamos dejar las cosas de modo que las tome otro en el punto en que las dejamos. Que no seamos maraña de hilos enredados, sino tejido tupido, hilos paralelos y entrecruzados. Orden, orden, orden. Orden como exigencia del trabajo, como elevación del rendimiento, como eficacia de la labor, como disciplina de la mente y de la acción, como posibilidad de convivir y cooperar, como lenguaje común, como estilo de escuela científica, como respeto a las cosas y a las personas, como economía y como servicio, como mérito para alcanzar un orden de verdades practicando un orden de técnica y de conducta.

“Algún pensionado español, al obtener en el extranjero un certificado de su trabajo científico, ha quedado sorprendido por leer, junto al juicio estricto de la labor investigadora desarrollada, apreciaciones del carácter, de sus cualidades de trato personal, de la manera de conducirse con los demás, de su perfil social. Hay figuras cohesivas y cuñas disgregantes. Y esto tiene importancia aun desde un punto de vista estrecho y utilitario de rendimiento de la investigación. Pero, además, el investigador es hombre, y no hay eminencia intelectual que justifique la falta de educación, los defectos de la humana corrección. La insociabilidad engreída puede tener un valor científico elevado, pero es un corrosivo que, aunque produzca científicamente, a la larga dañará el desarrollo de la investigación misma. Temperamentos definidores—erguidos en la llamada del desdén que prodigan en cuanto está en su torno—, sobrevalorados por sí mismos y por amigos de lo desorbitado, se dan con mayor facilidad en los períodos de debilidad de una disciplina, en los ambientes de la infancia científica, en los que el sabio puede surgir por autonombramiento. No es probable que formen discípulos.

“Del mismo modo que el quehacer individual no es un trabajo de máquina y hay un entusiasmo personal que levanta y vibra, la comunetración de los investigadores no es un ajuste mecánico, sino una trama viva cuyo cemento más compacto es el espíritu del director, del forjador de científicos, del creador de escuela. Orden, sí, pero orden con aliento, con espíritu, con vida humana, que alcanza su mayor tono y nivel al refractar luces divinas”.

(1) Albareda Herrera, J. M.^a— Consideraciones sobre la investigación científica. C. S. I. C. — Madrid, L. 951, pp. 181-182.

Y ahora, para terminar, el mensaje que os anuncié: el Dr. Margalef, Señores Académicos, posee en grado superlativo cuantas cualidades exige el Profesor Albareda para ser trama y urdimbre en un centro de investigación científica. Es una figura cohesiva de primer orden, acuden a él sus compañeros en busca de consejo y orientación y él se les da con tal sencillez y elegancia que su evidente superioridad no humilla a nadie. Le siguen por devoción, admirándole, y no me extrañaría que pudiese lograr lo que tan extraordinariamente difícil resulta en nuestra patria: la estima y consideración de sus conciudadanos.

Congratulémonos, señores, entra hoy en esta casa un hombre excepcional. Que el Señor quiera concederle tan largos años de vida como yo pido para él y os aseguro que, en tal caso, dará a la Academia días de gloria y esplendor.